

150

# Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR Y REDACTOR, —CARLOS GAGINI.

ADMINISTRADOR

FRANCISCO CALDERON h.

**Precio de Suscripción.**

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.  
En el extranjero „ 1-50. „ „ „  
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

EPOCA 2ª

NUM. 35.

San José, 2 de Octubre de 1891.

**Redacción y Admón.**

DETRÁS DEL PALACIO EPISCOPAL, ESQUINA  
OPUESTA Á LA TIP. "EL HERALDO."  
SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

## ¡Eso nó!

:o:

**P**UEDO creer que Fidias fué abogado,  
Que usó levita el inmortal Homero,  
Que Cicerón fué un triste zapatero,  
Y que nació en Bruselas el Tostado.

Puedo creer que España no ha guerreado,  
Que en realidad existe el Cancerbero  
Y que Artajerjes era el Consejero  
De don Carlos segundo el Hechizado.

También puedo creer que la ballena.  
Tiene en inmensos árboles su nido,  
Que se puede comer la luna llena

Todo eso creerlo acaso yo he podido;  
Pero que haya en el mundo suegra buena.....  
Eso no podré creerlo.....ni dormido.

CARLOS A. IMENDIA.



## SUMARIO.

¡ESO NO!, por Carlos A. Imendia.—LA MUJER EN COSTA RICA, por Alberto Rodríguez EL ANILLO, por David.—RIMAS, por N. Caro de Aragón.—LUZ Y SOMBRAS, por Rembrandt.—MI VECINITA, por Alberto Rodríguez. EL CHINGUERO, por N. Caro de Aragón.—DÍAS TOLEDANOS, por Emilia Pardo Bazán. NUNCA!, por J. Calderón y Pujc.—MI COSTILITA, por Tito.—JULIA, por Escaligero.—CLEMENCIA ISAURA, por Enrique E. Barrera.

## La Mujer en Costa Rica.

Para escribir de la mujer es preciso empapar la pluma en los colores del arco iris, y esparcir sobre los renglones el polvo de oro que sueltan las alas de la mariposa. La pluma del escritor no debe destilar sino perlas.

DIDEROT.

Allá en las profundidades nebulosas de la historia, en aquellos buenos tiempos viejos en que todo andaba á la buena de Dios, se consideraba á la mujer como un sér inútil y vivía sujeta al yugo de la más infame tiranía, y hasta se llegó á dudar de que tuviese alma.

Atroz blasfemia, á la cual han respondido los siglos posteriores con un terrible mentís, porque la mujer ha venido á probar que, si no puede igualarse al hombre en sus facultades y derechos, sí puede nivelársele en ilustración y cultura, y que tiene como él, un cerebro bien organizado en que se caldean las grandes ideas, y un corazón magnánimo y generoso, capaz de cualquier sacrificio. Y si aun después ha sido víctima de los ataques de la Iglesia y de los no menos funestos errores de la ignorancia, justo es confesar hoy, con toda la sinceridad de un alma recta, que hay una distancia inconmensurable entre aquellos tiempos y éstos; que la mujer de ayer no es la de hoy; que los horizontes que se presentan á su vista no son ya oscuros y limitados, y que si no está completa todavía la obra sublime de su redención y engrandecimiento, hay que esperar que el sol de la civilización aparezca más radiante en el cielo de la patria universal, que se depuren las conciencias de todas esas larvas, hijas del egoísmo y de la envidia, de todas esas bajezas que traman los hombres de la noche para obstruir su paso, y entonces la emancipación absoluta de la mujer será una conquista definitiva y habremos entrado en un período lleno de gloria y prosperidad.

Pero no pretendamos traer á la memoria recuerdos tristes de la mujer, ni lo que ella significaba antiguamente: cubramos con un velo aquel período de la noche, y gloriémonos sólo al recordar que la mujer de hoy es la sacerdotisa del hogar y el alma de la sociedad y que el fiel de la balanza del hombre se está ya equilibrando con la de ella; pues si el hombre arranca aplausos al mundo y la gloria le ciñe inmortal diadema, la mujer es también admirada y aplaudida; la fama no permanece muda, coloca sobre su frente el laurel de la inmortalidad y hace que su nombre resuene por todos los ámbitos de la tierra!

Hoy la mayor parte de los pueblos civilizados han visto en ella una verdadera fuente de moralidad y cultura y se inclinan con admiración y respeto ante el rico tesoro de sus gracias, y han comprendido también que la mujer es digna de tomar parte en el gran banquete universal y que á su poder misterioso han brotado siempre las mejores creaciones del arte y la poesía.

Preseñando de otras consideraciones, veamos cómo se expresa un escritor acerca de la mujer americana y de su influencia en la sociedad:

"En los Estados Unidos de América, que hoy forman la República más grande y poderosa, se consagra tal cuidado á la educación de la mujer, que ésta desempeña el papel más importante en esa sociedad, en términos que puede decirse que la extinción de la esclavitud fué obra de ella, pues armada con sus armas poderosas, la

oración y la súplica; orando en el templo por la mañana, y en su casa rodeada de su familia por la noche, rogando á sus esposos, á sus hermanos y á sus hijos: asistiendo al *meeting*, redactando y sosteniendo periódicos..... no cesó en su obra evangélica hasta que cayó la esclavitud, ese Crimen Nacional como ella le llamara."

Si esta abolición es una de las páginas más brillantes que tiene la historia de Norte América, creemos que su triunfo fué debido, en gran parte, al carácter varonil y á la pluma inspirada de Mistress Stowe Beecher, la simpática autora de La Cabaña del Tío Tom, cuyas páginas han sido escritas con el corazón, según la expresión de Alfredo de Musset.

No hay más que leer algunos párrafos de este interesante libro, para admirar allí un estilo sencillo y lleno de sentimiento, una imaginación fogosa, y sobre todo un corazón que late sólo por la libertad de los que sufren el yugo de un cruel infortunio.

Un distinguido escritor chileno dice que si el inmortal Lincoln sacrificó su vida en aras de la patria y concluyó con la esclavitud de su país, Mistress Stowe ha tenido mucha parte en la abolición de esa esclavitud, disparando contra ella el primer cañonazo.

Tal fué el éxito maravilloso que alcanzó su libro, que cambió casi por completo la faz de un pueblo. El paria se convirtió en ciudadano!

La Cabaña del Tío Tom es tan universal como Don Quijote y ha sido traducida en todas las lenguas vivas y se han hecho de ella numerosas ediciones en todos los países.

Si tal es la influencia de la mujer en la sociedad, ¿cuál no será su poder cuando pone al servicio de una causa noble, como Mistress Stowe, su vida, su corazón y sus lágrimas, pues ya todos saben lo que puede una mujer que llora?

Tenemos, pues, que la influencia de la mujer es de suma importancia en la sociedad, y que ver por su educación y cultura, es seguramente dar un gran paso y llamar á las puertas de un positivo adelanto.

Pero es preciso que hagamos abstracción de la mujer en general, y que nos concretemos únicamente á la mujer de Costa Rica, que es el objeto de nuestro artículo.

Aunque hay verdades que no debieran decirse muchas veces por amargas, tenemos hoy que confesar una, aun con dolor de nuestra alma, y es que la mujer de Costa Rica todavía no llena las aspiraciones de todos los que deseamos para ella un porvenir venturoso y una posición al presente que cuadre mejor con los adelantos del siglo.

Y por esto no se nos diga que pedimos peras al olmo, ó queremos plautarle una fresa al lucero del alba, pues creemos que la mujer de nuestro país está dotada de una exquisita y fácil disposición para los estudios y que por medio del trabajo y la aplicación constantes, puede llegar á alcanzar un alto grado de cultura y recibir una educación esmerada, en la verdadera acepción moderna de esta palabra.

Algunos padres de familia se forjan la ilusión de creer que con dos ó tres años de colegio ya es suficiente para que una señorita adquiera una buena educación y los conocimientos necesarios para llamarse instruída, sin acordarse tal vez de que durante ese tiempo no hace más que saludar á la ciencia y preparar sus facultades para entrar en estudios de alguna importancia.

La mujer necesita de alguna educación, si no completa, por lo menos bastante esmerada, y para ello es preciso que visite el colegio siquiera seis años y de una labor constante.

Recordamos que una vez decía con mucha gracia una señorita de esta capital, que cómo querían que ellas se educaran bien, si cuando apenas cumplían quince años ya las retiraban del colegio y no volvían jamás á tocar un libro ni á estar al corriente siquiera de las noticias del día.

Y ciertamente, son muy pocas las señoritas que después que salen del colegio toman un libro y se ponen á estudiar, ó por lo menos á recordar lo que han aprendido. Se entregan por completo á los paseos, los bailes, las modas, el teatro, á todo aquello que está bajo el dominio

de los sentidos, y no se acuerdan de que están perdiendo un tiempo precioso, pudiendo aprovecharlo en cosas útiles que puedan servir para lo futuro.

Se nos dirá que están en el período de las ilusiones, y que es muy natural la alegría de una señorita cuando asoma á las puertas del mundo y que va á lucir sus gracias; pero éste no es un motivo poderoso para que abandonen los estudios y vean con malos ojos los libros que fueron sus compañeros de colegio, y de ahí que al poco tiempo se les olvida casi todo y no se apuran gran cosa por recuperar lo perdido.

Si la mujer gusta siempre por su hermosura, más debe llamar la atención por su educación y por sus prendas morales.

De nada nos sirve que una mujer sea una verdadera maravilla, tan linda como una estrella ó como una rosa en su jardín, si no tiene una buena educación, esta prenda tan bella y que tanto cautiva al hombre. El hombre sensato se inclina más ante la corona del talento que ante el poder de la hermosura.

Hace algún tiempo que nosotros hablamos en una disertación acerca de la posición de la mujer en Costa Rica. En cierta parte y con razón, nos echábamos la culpa á nosotros mismos, que hemos mirado siempre con mucha indiferencia el porvenir de la mujer, sin duda porque ignoramos que la importancia y moralidad de un pueblo depende en gran parte de la educación que se le dé á la mujer y de las consideraciones con que se la mire.

Y hasta tal extremo llega nuestra indolencia que permanecemos sordos ante la voz de nuestra misma conciencia que nos hace tremendos cargos y nos dice que la mujer está llamada á desempeñar un papel muy importante en todas las esferas de la actividad social.

Nosotros creemos que una vez que se eduque á la mujer de nuestro país bajo principios sólidos y duraderos, que sus sentimientos se desarrollen sólo al calor del bien y bajo el sol de la libertad, que se la sorprenda con algo nuevo de vez en cuando que pueda servirle de estímulo, entonces se levantará gentil y encantadora de la tumba del olvido y aparecerá en la escena social radiante y alegre como el cielo de la hermosa Italia, la hija coqueta y mimada del Adriático, con toda la savia y el espíritu del siglo, con un alma impresionable por todo lo bello, por todo lo grande, por todo lo heroico, y con un corazón dispuesto siempre á hacer el bien, que sabrá compartir mejor con el hombre sus penas y alegrías, como también sus triunfos y derrotas, y, cual otro Mentor, señalarle el camino que debe seguir para llegar á puerto seguro.

No es ilusión lo que á nosotros nos hace expresarnos de este modo, pues tenemos la firme creencia de que la posición de la mujer en Costa Rica cambia en todas sus fases, si alumbrada para ella otro sol, si nos proponemos estimularla, instruírla mejor y hacer que las necias preocupaciones sociales desaparezcan completamente y que tengamos siempre para ella la benevolencia y el aplauso.

Triste es ver, por cierto, una juventud rebosante de vida y con deseos de sembrar en su corazón la semilla del bien y bañar su inteligencia en la luz de la verdad, y no poder realizar sus aspiraciones porque la crítica fría é inexorable extiende sobre ella sus alas de fuego y quema muchas veces en flor las más risueñas esperanzas. Y esto es tan cierto, que basta solamente tratar de este asunto para que alguien nos diga que la mujer de nuestro país no necesita de gran cosa, que para estar en la casa no necesita ser *bachillera* y que con medio aprender á bailar y cantar algo, confeccionar con más ó menos habilidad un traje de color de cielo, y ataviarse lujosamente con cierta gracia, ya tiene suficiente para llamar la atención de todos y quedarle bien al Romeo que la requiebra, sobre todo para brillar en los salones y en el teatro como estrella de primera magnitud.

Aberración imperdonable, opinión triste de ella!

La mujer puede brillar en casi todos los ramos del saber humano y desear ver ceñida su frente con esa aureola inmaculada que tanto engrandece y diviniza que se llama ilustración.



Por lo demás, la mujer de Costa Rica es bella y seductora, y tiene en sus ojos no sé qué iris de melancolía como revelando un alma grande y generosa. (\*)

Prepárese, pues, á la lucha, que si todos la ven con deseos de otros horizontes y de otra luz para su inteligencia, todos lo aplaudirán y su iniciativa encontrará eco en los corazones sinceros y bien intencionados. Apréstese, pues, que ya es tiempo de que haga á un lado las preocupaciones que tanto lo mortifican y se entregue con ardor y entusiasmo á atesorar conocimientos para que más tarde digan de ella otra cosa y pueda desengañar á aquellos que decían que su inteligencia no era accesible á los estudios y que era nacida sólo para el hogar. Entónces abrigue la esperanza de que un porvenir risueño le está reservado á sus ojos, y que bien temprano no faltará quien premie con justicia su laboriosidad y su talento.

Esto de decir que la mujer está condenada al hogar, es un error muy grande y sólo puede comprenderse en almas de pasiones mezquinas y de un egoísmo sin límites.

Esta es una ofensa, si se quiere, al bello sexo. Y si penetramos más allá del fondo de la cuestión, cualquiera que viera con desdén á la mujer, con ese desdén propio de las almas raquílicas y que no le importara que lo más sagrado de ella, como es su virtud, rodara al abismo insondable de la desesperación y la miseria, no haría otra cosa que degradarse á sí mismo, porque la mujer es alma de nuestra alma, pedazo de nuestro corazón, luz de nuestros ojos, el sólo estímulo para las acciones generosas y para convertir al hombre en héroe ó monstruo, lo que ella quiera, y porque no puede el hombre, según dice Sócrates, prescindir de la mujer, y su unión es tanto más útil cuanto que el uno tiene en sí lo que le falta al otro.

Nosotros trataremos, siempre que podamos, de asuntos referentes á la mujer; procuraremos inclinarla á la lectura de obras instructivas, cuyos principales argumentos sean la virtud siempre premiada y el talento que todo lo domina y que deje en el fondo del alma una saludable lección moral.

La mujer así educada, sin cortapisas ni trabas, con más libertad, dando alas á su inteligencia y entusiasta por todo aquello que tienda al mejoramiento de su condición en Costa Rica, creemos que sólo así conseguirá un triunfo definitivo y veríamos en ella, no una mujer simplemente, sino el hechizo más pulido y delicado que salió del guardajoyas de Dios y tendríamos entonces que mirarla con más respeto todavía, porque en ella estarían reunidos todos los atractivos y bellezas que un hombre podría apetecer!.....

ALBERTO RODRIGUEZ.

[\*] En unos estudios que estamos preparando y que se titulan Perfiles Josefinos, trataremos más ampliamente de esta cuestión

## EL ANILLO.

I.

EL SOL ya cae. Pocos instantes y vendrá la noche á sepultarlo todo.

Permite, Dios mío, que mi madre no muera aquí! ¡Madre mía! Madre de mi corazón, dime, qué sientes!

—Nada, contesta una mujer haciendo un esfuerzo para incorporarse, pero apenas lo intenta vuelve á caer sobre un poco de paja con toda la inmovilidad de un muerto.

Gabriel, joven de diez y ocho años, toma la cabeza de la madre, la levanta sobre una de sus rodillas y llora sobre aquel cuerpo que casi es un cadáver. Las lágrimas del joven golpean á veces el rostro macilento de la madre y á cada gota que vierte, entreabre los ojos y parece que quiere hablar. Pero calla, y calla porque la muerte ha empezado á apoderarse de ella.

Y nadie viene, dice Gabriel volviendo á mirar para todas partes.

Nadie viene, porque se halla en una de las espesas montañas de Antioquia; cuatro días hace que están atravesando el Sansón.

Un ligero estremecimiento de la moribunda hace que Gabriel vuelva á poner la cabeza de su madre sobre la paja para arrodillarse delante de ella y verla morir.

—Gabriel, hijo mío, dijo en un instante de crisis, yo voy á morir, ¿me prometes hacer lo que te mande?

—Sí madre mía, te lo juro, lo cumpliré.

—Pien está, pareció decir con un ligero movimiento de ojos.

—Pues mira, es mi última voluntad, yo lo quiero, así que vuelvas al lugar de tu nacimiento, y perdones á nuestros enemigos..... Ahora quítame el anillo que tengo y pónelo en el mismo dedo.... y á la mujer que sea tu compañera se lo darás antes de tu unión. Pero cumple lo que te mando y Dios te bendiga....

Y expira: sus ojos y sus labios se cierran para siempre, y Gabriel dando un grito cae sobre el cadáver de su madre. Cualquiera al verlos hubiera dicho que eran dos amantes que se habían abrazado para morir.

La noche vino, y sólo la media luz del último crepúsculo parecía velar sobre aquellos dos cuerpos. Era la mirada de Dios, que nunca abandona al desgraciado.

II.

Al pasar por una de las principales calles de Medellín, se ven salir por entre los cristales de unas ventanas, torrentes de luz que atravesando la calle van á bañar las paredes de enfrente, formando contraste con la oscuridad de aquella noche. Son las nueve, y la gente del pueblo se va reemplazando poco á poco, porque unos se hastían de esperar al pie de las ventanas y otros llegan atraídos cada vez más por la curiosidad.

En la sala principal donde hay blancas cortinas arregazadas con coronas de rosas, y donde grandes espejos centuplican los objetos, se ve un grupo presidido por un sacerdote.

Dos figuras resaltan allí: es la primera una joven vestida de blanco y con corona de azahares; hermosa, tímida y modesta como la primera mirada de amor; feliz y recelosa como el ave que salta del nido para volar por primera vez; sus ojos negros no tienen ni una mirada atrevida, ni sus labios envidiables una sonrisa de falsedad. Todo en ella es inocente y por lo mismo feliz.

Es la otra, un joven de veintiocho años, sin más orgullo que la felicidad presente y sin más pesar que esa misma felicidad.

El sacerdote va á unirlos para siempre: los parientes de la novia se agrupan y lloran porque van á desprenderse de una persona querida. El ministro ha empezado á leer las palabras del rito, palabras solemnes que durarán en la memoria para toda la vida.

Pero el joven palidece, pierde las fuerzas y cae sin sentido diciendo; ¡perdón, madre mía!.....

III.

Pocos días después se ve al joven al lado de la que debió haber sido su esposa.

—Es preciso, le dice, que yo me separe de tí para siempre; pero antes te diré por qué no puedo ser tu compañero aunque mi vida y mi porvenir sean tuyos. Cuando murió mi madre en una montaña, me hizo jurar que no me uniría á mujer alguna antes de haberle puesto un anillo que ella me dió en ese instante. Al verla espirar caí sin sentido junto al cadáver, y cuando volví en mí me habían robado cuanto tenía, dejándome condenado á no unirme á nadie, pues me quitaron mi anillo. Nos separaron para siempre sin saberlo!..... Adios, Eloisa mía! Adios para siempre!

—Adios, Gabriel! contestaba la joven estrechando á quien quizá no volverá á ver más. Los labios de uno y otro enmudecen y sólo las lágrimas pueden expresar lo que sienten en aquel instante supremo.

—Toma, dice balbuceando Eloisa; que esto te acompañe como mi memoria adonde quiera que vayas. No me olvides. Adios.....

Gabriel recibe, va á llevar á los labios lo que le acaba de dar su amada, y exclama extendiéndole los brazos: Ya soy tuyo! ya eres mía! Este es el anillo que me dió mi madre!

DAVID.

## RIMAS.

I.

Terrible la noticia  
cundió, y en el momento  
corrimos los vecinos  
temblando de pavor,  
y mudos y espantados  
allí en el aposento  
quedámonos mirando  
un cuadro aterrador.

II.

Allí sobre su lecho  
estaba frío, inerte  
el cráneo destrozado  
y lívida la faz,  
el padre cariñoso  
que con su mano fuerte  
desesperado y loco  
llamó á la eternidad.

III.

Oh Dios! y era aquel hombre  
afable, bueno, honrado,  
dechado de virtudes  
modelo en el hogar  
aquel que á su familia  
estaba consagrado  
labrando con su vida  
el más hermoso altar!

IV.

Y estaba allí ¡suicida!  
tendido sobre el lecho,  
helado en su semblante  
un gesto de dolor....  
y allí llegaban ayes  
que nos rompían el pecho,  
gemidos que eran dardos  
rompiendo el corazón.

V.

Doblemos la rodilla  
y con silencio y calma  
callados respetamos  
tan cruel resolución  
terribles tempestades  
se agitan en el alma  
y allí naufraga entonces  
luchando la razón.

VI.

Un niño como un ángel  
allí mismo dormía  
sonriendo dulcemente  
su boca virginal,  
ajeno á la tormenta  
que con furor rugía  
sobre su blanca cuna  
con ímpetu fatal.

VII.

El ruido lo despierta,  
y vé el cadáver yerto;  
se muestra sorprendida  
su rubicunda faz,  
estiede la manita  
hacia su padre muerto,  
y prorrumpiendo en llanto  
balbucea.... "¡papá!"

N. CARO DE ARAGON.

## LUZ Y SOMBRAS.



U É horas tan felices pasé á tu lado! Con qué dulce fruición recuerda mi alma aquellos instantes dulcísimos cuando hablábamos como dos buenos amigos, de tantas cosas!..... de las simpatías que nacen como un acorde en la lira del alma, á un solo impulso, de una



sola mirada, de los afectos diversos y misteriosos del corazón humano, de su insaciable sed, de sus eternas ansias, de la miseria de este mundo ingrato, de las terribles dentelladas de la calumnia y de la perfidia, de los abismos que abre la maledicencia y de las redes que tiende a los pies de las mujeres santas y buenas.

Lo recuerdas? Yo te escuchaba con veneración; cuando hablas parecías Diosa; escuchaba tu voz dulcísima como aquellas músicas que sólo se sueñan en los delirios, cuando el pensamiento vuela y hace viajes muy largos, navegando en ondas de luz purísima..... y apenas si te miraba; de tal modo deslumbra la diadema de tu belleza, que llevas como un nimbo sobre tu frente pálida y triste.

\* \*

Y tú sufres, sí; tú me lo dijiste con palabras de alondra, con palabras que más parecían suspiros.

¡Sarcasmo de la suerte! Tú sufrir?..... ah sí! tienes razón; debes sufrir mucho..... (¡qué horrendo crimen!)

Y esa frente purísima, que parece hecha para llevar orgullosa los eternos blancos azahares, se ha inclinado mustia al peso de una vil impostura?.....

¿Puede el vaho del fango oscurecer la aurora del cielo?..... Ríe y canta, hermosa niña, las sombras huyeron, y el sol te saluda sonriendo..... Los fatídicos cuervos también huyeron..... ¿Ves cuánta luz hay en el cielo?.....

\* \*

Yo sé que eres artista, que tu alma tiene alas poderosas y que se remonta alto, muy alto, a regiones donde todo es luz y armonías; yo sé que tienes góndolas blancas y doseles dorados y que navegas en lagos azules las tristes noches de luna acompañada de remeros alados que tañen arpas mientras tú cantas para desahogar el pecho que sufre..... oh, qué armonías! las liras del cielo enmudecen, y mil cabecitas se asoman entre los celajes purpúreos para admirarte y aplaudirte.

\* \*

No te he vuelto a ver; pero desde ese día venturoso en que me abriste tu corazón en plática amistosa, tú vives en mí: y tu voz dulcísima no deja de resonar en mi oído ni un momento..... eres mi eterna melodía.

\* \*

Sigue tu camino con majestad de Diosa; no quieras atarme a tu carro triunfal; quédense para tu cortejo las palomas blancas que llevarán el cabo de tus listones color de rosa; yo seguiré mi senda mirando siempre al cielo, buscando

do la estela luminosa de tu marcha; pero cuando cantes, acuérdate de esta página de mi álbum íntimo arrancada con mano trémula en un día alegre en que sentí sobre mi cabeza el aleteo de las maripositas doradas de la ilusión.

REMBRANDT.

## MI VECINITA.



S I R M P R E igual, siempre lo mismo, con su cabellera undivaga formando contraste seductor con su cuello de marfil, con sus ojos negros y bruñidos, con su talle esbelto y flexible como junco de Viena, con su boca fresca y lozana en donde aletean los besos y con su andar sereno y majestuoso cual estatua que abandonara su pedestal.

La he visto con diferentes trajes y diferentes atavíos. A veces ciñe y ajusta a su talle gracioso, lindo jersey encarnado subido, semejante a púrpura de Tiro, como también luce traje verde, símbolo de la esperanza y de promesas de bendito amor.

Un día la ví. Se dirigía al templo. Qué bella estaba! Amplio pañolón rosado cubría "su cuerpo modelado por las gracias", y me antojé por un momento que era la aurora al reir en el oriente, la que acariciaba y envolvía aquellas formas marmóreas y esculturales.

Pero sucede que mi vecinita lleva vida de convento, no sale, no quiere lucir el rico tesoro de sus hechizos. Es corta de carácter y hé ahí por qué vive escondida como la violeta. En cambio lee mucho y bueno. Estudia y se aprovecha.

Una tarde tenía en su regazo un libro lujosamente encuadernado "El Amor" de Michelet, — me dije, — ó "La Mujer juzgada por una Mujer", de Concepción Gimeno de Flaquer, de esa escritora galana y correcta cuyo nombre pregonaba la fama con su trompetín sonoro por todos los ámbitos de la vieja Europa y de la América Hispana.

Pero me equivocaba. Leía a Víctor Hugo, al octogenario maravilloso, al poeta del siglo, leía "Los Miserables", ese poema inmortal que crece y se abriga a medida que pasa el tiempo.

Otra vez supé que acariciaba entre sus niveas manos el "Azul...", ese cofrecillo de riquezas de Oriente, ese libro primoroso, escrito con pluma de oro; cada página es un poema bellísimo, una onda de flores frescas y primaverales.

Mi vecinita también se complace en jugar por las tardes con un mirlo chiquito y gracioso, más parlero y travieso que los ojos de Celinita, la linda morena que se pasea todos los días por el Parque a la hora de la música.

Cuando llega al jardín a traer algún alimento para su pajarito, las rosas se ponen pálidas é inclinan su tallo como en señal de vasallaje.

Y cuando sale a paseo,—que es muy raro—va dejando tras sí los granitos de sal de Andalucía. Entonces es cuando me dan tentaciones, cosquillas quemantes,—si fuera hijo de la histórica Sevilla ó de la poética Granada,—de tirarle la capa a los pies y decirle:

¡Olé salero! ¡Viva la gracia!

Ah! si me dirigiera siquiera una mirada para abrasarme en una pasión furiosa de amor!

ALBERTO RODRÍGUEZ.

## EL CHINGUERO.

(A mi amigo Luis R. Flores).

Sargento.—¿Tenéis más qué parar?

Francisco.—Páro los ojos.

Los ojos, sí los ojos que descreo

Del que ios hizo para tal empleo.

(Moreto San Francisco de Sena, cita de ESPRONCEDA).



D O SOY filólogo ni mucho menos; pero eso no quita que me proponga á discurrir algo sobre la palabreja que encabeza estas líneas que no es sino uno de tantos provincialismos caprichosos que no guardan ninguna analogía con lo que pretenden significar: CHINGUERO es un derivado de *chinga*, palabra que no registra el diccionario de la lengua castellana, y que sin embargo en Costa Rica, y aun creo que en muchas partes de Hispano América significa algo de lo que aquí queremos significar con ella: palabra que anda de boca en boca sin más autorización que el uso, desposeída de credenciales, sin etimología, como si dijéramos en cueros, tal y como ha sido concebida en algún garito de candil y mesa redonda, lugar no el más aparente para crear las frases que han de enriquecer nuestra lengua.

*Chinga* decimos aquí á una yegüa cuyo rabo ha sido cortado ó pelado: *chinga* decimos á una hija de Eva que enseña las pantorrillas y se las va abanicando con el ruedo de sus enaguas: *chinga* se dice de un cuchillo que ha prestado largos servicios y ha quedado reducido á un pedazo de hierro desgastado: *chinga* se le dice á la colilla del cigarro ó cigarrillo; *chinga*, en fin, se le dice á cierta cantidad de dinero que en las mesas de juego cobra un personaje encargado *ad hoc*, y que es ni más ni menos la comisión que se embolsa el dueño del garito por medio del CHINGUERO que ha tomado este nombre del oficio que ejerce.

Mas ¿por qué se llama *chinga* á esa cantidad que está cayendo continuamente en la alcancía del CHINGUERO mientras dura el juego? No hay duda que siguiendo la mente de alguna de las acepciones de aquella palabra, significa el *residuo, sobrante, desperdicio*, que deja al chinguerito la suerte que ha salido gananciosa.

Dejemos la *chinga* y vamos al chinguerito, tipo que bien merece estudiarse por sus cuatro costados.

El chinguerito en una mesa de juego es una entidad respetable; es juez árbitro para las cuestiones que se susciten sobre el tapete verde; quien enseña á los neófitos con cuáles puntos se gana y con cuáles se pierde; quien decide de las suertes dudosas, etc., etc., tiene un gran conocimiento del juego, es malicioso y lleno de cábalas como un zorro, cosas que ha aprendido en su larga vida de tahir: empedernido é insensible á los dramas del juego, jamás pierde su actitud apacible y flemática, y cobra las *chingas* como la cosa más natural del mundo sin dársele un ardite de las maldiciones ó regocijos de los jugadores que le rodean: es la estatua de la Indiferencia en medio del infierno de las pasiones. Tiene ojos de lince, y apenas mira rodar los dados sobre el tapete, adivina si están *cargados* con plomo ó si han arrojado la *fiera*: entonces los arrebatada y los tira, dándole una buena apostrofada al industrioso, y algunas veces á causa de esto se forma un batiburrillo donde menudean las cachetadas y *mojicones*: pero las más de las veces por temor de ir á *chirona*, se arregla el asunto *amigablemente*.

El chinguerito generalmente ha sido un jugador endiablado, jugador incorregible: ha perdido cuanto tenía y habría *parado* los ojos como el jugador de Espronceda si alguien le hubiese pagado el escote. En un tiempo fué un artesano acomodado, tenía un hogar como un nido, y allí tres boquitas que le decían "PAPÁ" cuando él llegaba de su trabajo con la chaqueta al hom-



bro y la azuela en la mano: pero un *amigo*, un galopín lo rrastró al garito, y un tiempo después se presentó ante la asustada esposa un hombre con papeles en la mano que la obligó á abandonar su casa, aquel nido que había naufragado en la vorágine del vicio. Después, ay!, después siguieron las noches negras para aquella pobre mujer que las pasaba sentada en el lecho de sus hijos, con las pupilas fijas en una vela de sebo, mientras la lluvia golpeaba las tejas y los rotos cristales de la ventana produciendo un ruido siniestro, algo así como terrible elegía entonada por la miseria y la desesperación.

El chingero *veterano*, el de larga profesión, es un *artista* que se encariña de tal modo con el oficio, que envejece en él: está generalmente mudo, sombrío, de codos sobre la mesa y con su inseparable alcancía entre los brazos; diríase que aquella funesta caja, fiel imagen de la de Pandora, forma parte de su sér. Mira el juego indiferente, al través de las espirales del humo de su cigarro, cuya punta muere con distraída voluptuosidad; mira los dados correr, pero ya aquellos ojitos negros que resaltan sobre la blancura del marfil, no dicen nada á su alma: las continuas y terribles emociones le han hecho escéptico, aunque se puede asegurar que su idea fija, eterna, que medio ve allá entre las brumas de la posibilidad; es el *desquite*, el anhelado *desquite*, aquella fiebre de recobrar por medio del azar el dinero que perdió; ah! el *desquite* vendrá, no sabe cuándo, pero vendrá; y entonces..... una hora, media, diez minutos de suerte bien aprovechados..... ¡oh placer! mientras tanto no se separa de la mesa; busca por las calles, en los establecimientos á los jugadores, les habla con llaneza, aun cuando sean personas principales: el juego es una hermandad: se acerca á alguien que conoce, le habla al oído, bajo, y se entienden; lo que él quiere es ocuparse, ir á desempeñar su oficio y busca las personas, las oportunidades, los reñes..... por lo demás, es sujeto *bien relacionado*.

Cuando el juego está *bueno*, cuando hay mucho dinero en la mesa está de humor; chaceea con rudeza y á veces es agudo; posee un vocabulario de frases y las dice de cierto modo, que el cosquilleo de la risa desarruga los labios aún de los perdidosos. Cobra las chingas con habilidad y ligereza; como que al fin le tocan á él algunas ganancias, y así vive este merodeador de la suerte, *ratero de ese Parnaso* olímpico de las furias y de las pasiones, y con eso lleva á su familia un pan..... ¿qué más quiere?.....

En el juego y en todos sus lances, es incansable; no pierde un detalle por insignificante que éste sea, y sostiene con los jugadores sus diálogos monosilábicos unas veces, otras dando rienda á su vocabulario.

—Una, dos, tres! ya *doró*, debe tres, dice al tahir que ha hecho tres suertes seguidas.

Maldición!, refunfuña éste, y toma del montón de billetes que tiene por delante algo, cualquier cosa, un billete de uno, de dos, de cinco pesos, el primero que halló y lo arroja al chingero que lo hace pasar por la rendija de su alcancía sin apartar los ojos de los dados mientras el tahir atribuye al chingero el último *albur* que acaba de perder al tirar el cubilete con terrible yectigación.

—Una, dos, tres, cuatro, demonio, y qué mano!, grita el chingero: debe cuatro! qué suerte! y todas *presadas*, ninguna *sencilla*..... así empecé yo..... ese es *el dulce*..... pero..... y vuelve á arrojar al fondo de su caja otros billetes. Diablo!, continúa: la que viene *lisa* no trae *arruga*, si estaba por usted el tiro..... y *cinco*!, la *carne* que más me gusta! qué lindos son los cinco..... y así continúa hablando mientras aquellos cuadritos blancos ruedan y ruedan sin cesar.

Cuando la caprichosa fortuna derrama sobre algún jugador la henchida cornucopia de sus favores, el chingero le pone con familiaridad la mano sobre el hombro, con cierto aire protector..... y luego se conforma con unas copas de aguardiente que apura entre chistes y bufonadas.

El chingero es un verdadero *neceser* ambulante de su oficio.

En sus bolsillos se encuentra completa colección de dados blancos y finos, primorosa-

mente tallados por él mismo: lleva sus pequeñas limas cortantes, como una mala lengua; lleva pedacitos de marfil prontos á tornarse en esa metralla cuadrada que tantas y tantas brechas abre en las filas de la sociedad cuando se dispara por la frenética mano del vicio. Con paciencia los pule y repule, los manosea, los baila en la palma de la mano..... ah! si él pudiera animar aquellas piecitas, comunicarles algo de sus deseos, de sus intenciones, darles vida..... ah! si el desquite vendrá; vaya si vendrá! mientras tanto este sepulturero de las fortunas, sigue en su puesto las noches y los días, sin apartar la vista de los dados que ruedan sobre la mesa, y cuyos puntos negros golpean sobre las sienas de los jugadores con la fuerza de un martillo ciclópeo.

N. CARO DE ARAGÓN.

## DIAS TOLEDANOS.

Á MANUEL MARÍA DE PERALTA.

I.

Nuestro Toledo.—La *Guía*.—San Juan de los Reyes.—Barrio judío.

ESCRIBO de Toledo por primera vez, aunque en Toledo estuve varias; y escribo muy temerosa de incurrir en esas hipótesis de admiración que, ya lascias y marchitas, se imponen sin embargo á la pluma, como los sentimientos que las dictan se impusieron al ánimo.

De Toledo, Roma y Jesurusalén, ¿qué cosa nueva podrá decirse? ¿Estudiar y reseñar sus monumentos? Para eso hacen falta prolijas investigaciones y volúmenes en folio. ¿Entonar un ditirambo? El ditirambo repetido mustia la flor de la belleza, y de piropos debe estar empalagada la vieja reina goda, la sultana, la emperatriz de las ciudades.

Lo único posible para no ahogarse en el océano de tantas maravillas, es traducir fielmente una impresión personal, lírica, sentida y gozada con sibaritismo; y en vez de hablar de *Toledo* monumental y artístico, hablar de *nuestro Toledo*, del que nos ha tocado en suerte. Tenemos el modelo de este procedimiento en el segundo tomo de *Angel Guerra*. Galdós, en vez de inventariar tantas preciosidades, las vió al través del alma de su héroe, alma de español y creyente, á quien el espectáculo é influjo de la ciudad sagrada transforman, de revolucionario y demagogo, en acendrado católico, virtud que no tuvieron por sí solos los bailarines ojos de la hermana Lorenza. En homenaje á Galdós titulé estos artículos como él titula uno de los capítulos de su libro,—capítulo que releí, antes de entregarme al sueño después de la jornada toledana.

Formábamos la expedición más damas que caballeros. Eran éstos el erudito Don Manuel María de Peralta, Ministro residente de Costa Rica en esta corte, espejo de toda cortesía y ya antiguo amigo mío; otro discreto caballero americano, el ministro de Chile; Luis Alfonso, Martínez Roda, y alguno más; entre las señoras se contaba una ilustre forastera, la viuda del general Barrios, presidente de la República de Guatemala, y la señora de Vergara: el coro de ángeles lo componía un ramo de graciosos capullos chilenos y guatemaltecos, entre los doce y los veinte de edad, alegría de los ojos, y criaturas muy atentas á las bellezas artísticas y arqueológicas, más tal vez de lo que acostumbra las señoritas españolas. Para estas niñas americanas, los monumentos de la vieja madre España son leyenda y poesía, son ejecutorias de la nobleza de su raza, que de aquí procede.

Dispusimos pasar la noche en Toledo; no había otro recurso, gracias á la combinación de los trenes, á mi parecer absurda. ¿Se concibe que existiendo cerca de Madrid ciudad de tan singular interés arqueológico, no haya un tren que permita pasar en ella el día completo, irse allí los domingos, como se va al museo ó al teatro? El primer

tren sale de Madrid á las ocho y llega á Toledo á las diez y cincuenta y seis minutos de la mañana. Lo primero, pues, que nota el viajero al saltar en el andén, es un apetito formidable. Sube de la estación á la fonda, siéntase á almorzar, y ya pierde hasta la una. A las cuatro y treinta, último tren para Madrid; total, un viaje de siete horas para cuatro que pueden disfrutarse en Toledo. Yo no entiendo de movimiento ferroviario; pero se me figura que no sería difícil arreglarlo un poco mejor, especialmente si el tren anduviese punto más que una galera, y si invirtiese en el camino, á lo sumo, hora y tres cuartos. A trueque de ver algo con reposo, resolvimos arrostrar los inconvenientes de una noche toledana.

Como no éramos turistas de raza sajona, francamente, íbamos mal pertrechados. Nadie (ni siquiera Luis Alfonso, tan aficionado y entendido en arte, tan viajero), iba provisto de su correspondiente *Guía*; observé que tampoco ninguna de las señoras se había resuelto á enfundar los pies en el calabozo que, según Paquita Barrios, se llama en los Estados Unidos calzado *de sentido común*:—forma ancha, suela recia, tacón plano.—Así que entramos en la fonda de Lino y despachamos un almuerzo aceptable (lo cual parece que indica loables y anticipados pruritos de competencia con el soberbio *Hotel* que está construyendo el marqués de Castrillo), adquirimos la *Guía* flamante del vizconde de Palazuelos, pensando consagrar un poderoso auxiliar, cuando en realidad es un rollizo mamotreto de manejo imposible.

Yo discurría, sopesando el librote, que la idea del *sentido común* aplicada por los Estados Unidos al calzado, debía aplicarse también á los libros, si, como éste, no son propiamente materia literaria, sino objeto de inmediata utilidad; algo como el bastón herrado con que se asciende á las montañas, ó la maleta donde se guarda la ropa, ó la cartera que se cuelga al costado. Claro está que no hemos de pedirle á una *Guía* la impresión estética de Toledo; sólo sí que nos sirva de compañero prosaico, con buena memoria de fechas y nombres, para que saquemos de nuestra excursión el mayor jugo posible. La *Guía* del señor vizconde de Palazuelos pesa dos ó tres kilogramos, y á no disponer de un paje que se encargue de llevarla.... Me preguntarán: ¿si pesa tanto la *Guía*, es sin duda porque quiso su autor que fuese muy completa y nutrida de datos, no dejándose nada en el tintero? Así sucedería, si figurase el señor Vizconde entre los partidarios de la escuela del *sentido común*. Pero el señor Vizconde es buenamente un editor sa-gaz, que ha encontrado manera de vender á un mismo tiempo y á la misma persona dos ejemplares de un mismo libro. Como que su *Guía* es bilingüe, á dos columnas, una en francés, otra en castellano. Ventajas del sistema: al que sabe francés, que es por orden natural todo extranjero (y si no sabe francés menos probable juzgo que sepa español), maldita falta le hace la *Guía* española. Y en cambio, al español le sirve de estorbo la francesa. Resultando: la *Guía* pesa doble, cuesta doble (la atendible cantidad de 12 pesetas), y nadie la compra, si he de juzgar por mi ejemplar, numerado con un *once*, que me prueba que no llegamos á la docena los valientes.

Dejemos ya la *Guía*. Cuando llegamos á Toledo no presentaba la ciudad el aspecto melancólico que ofrecía la noche de invierno en que acogió en sus muros al ínclito D. Pito, aquel gran nauta minuciosamente retratado en *Angel Guerra*, y que buscando *bálsamo* aguardentero, tropezó con la Catedral. Era el día, no como de Junio, pues ni hacía calor ni el sol picaba demasíadamente, sino como de fines de Abril, taldado de neblina, que á trechos rompía un rayo jugueteón de sol, vencedor de la llovizna que al salir de Madrid nos había alarmado. Toledo se nos ofrecía grato, fresco, y á recorrerlo nos dimos prisa apenas reparado el desmayo del estómago, empezando, como era justo, por San Juan de los Reyes, situada al otro extremo de Toledo, cerea del viejo barrio de la Judería. San Juan de los Reyes, como nadie ignora, se halla entregado á restauradoras manos, muy inteligentes por cierto: las de Arturo Mérida. Pero ni Mérida pudo, ni en rigor puede nadie, evitar la mezquindad que aflige al arte arquitectónico moderno, al intentar una imitación de la perla del arte plateresco, en el edificio destinado á servir de *Escuela de industrias artísticas*. La tal Escuela



parece un telón: se lo perdonaremos de buen grado si allí renacen de sus cenizas la azulejería, el bordado en sedas, perdidos rajuados, industrias encantadoras, perdidas ya. La restauración del claustro está hecha con suma felicidad y primor; los monstruos de las gárgolas son un prodigio por su dibujo y su desempeño; pero la piedra blanca me parece lastima los ojos de desilusión. Por mi fortuna, he visto el claustro de San Juan de los reyes mucho antes de que se intentase restaurarlo: lo he visto con zarzas, con yedra, con ortigas, contemplativo, desolado, con la hermosura de lo ruinoso. Hoy aquello es una nebulosa arquitectónica sorprendente en el desorden de la creación: aquí surge un león partido en dos mitades, por un lado las ancas, por otro la formidable testa aureolada con su melena rutilante; allí la cabeza de una santa; ocala un pináculo que empieza á retorcer su hojarasca de náculo y vid; allí una alimaña que se encrespa queriendo destacarse del bloque de granito que aún aprisiona sus nerviosos miembros... Por todas partes flechas y yugos, emblema de aquella unión conyugal, casta y fuerte. El techo de alfarge del segundo cuerpo se ostenta ya, demasiado crudo y vivo en sus colores, y allá, en el fondo, quedan aún cámaras negruzcas, sin techo ni piso, con alto ventanaje que cae á la iglesia...

Puede decirse que estábamos en el barrio de la Judería, y quisimos no dejarlo atrás sin dar un vistazo á dos joyas del arte semítico: el Tránsito y Santa María la Blanca. El viejo barrio es hoy un rincón pobre y silencioso; chiquillos de descalzas piernas y pedigüeñas bocas juguetean rodando entre el polvo de sus calles. Dicen que este barrio fué de lo más poblado y opulento de la Toledo de los siglos XIV y XV: que allí se congregaron rabinos, enseñaron doctrina, abrieron opulentos bazares, donde se vendía oro de Ofir, aljófares de Golconda, chales, tapices, sedas y armas. Armas aún se venden hoy, pero son de las vulgares y conocidas, de la Fábrica; un armero las expende en un tenducho subterráneo, precario, desierto y humilde, no caree aún de cierto misterioso prestigio. ¡Lástima que no nos alcance el tiempo para detenernos en las ruinas del palacio del sabidor marqués de Villena, y salvar sus ruinas que dicen á gritos: "Piérdase todo y sálvese el honor!"

Santa María la Blanca, que he visto muchas veces, me produce siempre la misma impresión, que podré llamar *intélica*. En las catedrales y en monumentos como San Juan de los Reyes, la impresión se subdivide, el rayo luminoso se polariza, llegando á causar vértigo por esa misma subdivisión y variedad. En Santa María la Blanca, la increíble sencillez del exterior deja al alma tranquilidad y espacio para apreciar la armonía interior de la idea religiosa. Allí la hermosura no procede ni de la riqueza de los materiales empleados, ni del prolijo trabajo del obrero, sino de la fuerza creadora y unidad sublime que supo alcanzar el arquitecto.

El tránsito, que visitamos al salir de Santa María la Blanca, está labrado como un camarín; sus ajimecillos lucen filigranas de ataurique, y sobre su complicada zona de alharaca campean los escudos de León y Castilla. Por desgracia, ni estos primores, ni la laceria del techo, pudimos ver apenas, por estar obstruido el interior del edificio con andamios. Tampoco podríamos (aunque las viésemos) leer las inscripciones hebraicas de las paredes, que nos dicen que aquella sinagoga la edificó Samuel Levi, tesoro del Rey de Castilla, "hombre de pelea é de paz, gran fabricante", añadiendo al final mil bendiciones al rey Don Pedro, que otorgaba á los judíos una decidida protección que le hizo odioso al pueblo toledano.

Estos edificios árabes de Toledo no debieran verse después de los templos católicos, sino solos; son otro mundo, otra civilización, otro espíritu, otra forma del arte; son á Toledo lo que á Roma el Coliseo y el Foro. Nosotros, á decir verdad, no hicimos sino asomarnos á la puerta del arte semítico en Toledo. Quedáronse sin ver el Cristo de la Luz, el Taller del Moro, la Casa de Mesa.

## II.

Procesión en la Catedral.—La "Señora" y sus galas.—Recuerdo de Juanelo Turriano.

La Catedral está de fiesta. Por sus naves

hormiguea, va y viene una multitud endomingada, llena de perifoneos á uso de París y Londres: conjunto de siluetas de figurín, que riñen con el aspecto de la vetusta ciudad. Este gentío no siente ni percibe la hermosura peculiar del sagrado templo. No nota el escalofrío de las altas bóvedas y la dulce fiebre mística que en tujelugos abrasa el organismo. Al ver á que mujer tan bien vestido, trajeado á la última moda, aquella colección de mozos, militares y paisanos, que las miran desdeñando los vidrios góticos y las rejas de encaje, recordé un pormenor de la Catedral. Suspendido á bastante elevación sobre un pilar, frente á la capilla del Sagrario, hay un cartelón ó tablero, que dice poco más ó menos (pues no poseo la exactitud del vizconde de Palazuelos para apuntar inscripciones). "Están excomulgados los que en la basílica hagan señas, miren ó hablen deshonestamente". La condena demuestra ser el caso frecuente, y no juraría yo que aun ahora faltasen allí, si no miradas y señas propiamente deshonestas, algo como flecheo del rapaz de Guido. Cosa averiguada: en las poblaciones que tienen Catedral y donde escasean teatros y bailes, la basílica metropolitana es el *amadero*: en ella se exhiben las niñas bonitas y maniobran los amartelados galanes. Yo no declamaría profanas — si fuera moralista — contra las fiestas profanas. En cambio azotaría con pencas al que en la catedral de Toledo fijase siquiera los ojos en un rostro de mujer.

¡Qué gusto presencié una procesión en Toledo! Con hay gusto teme ir á Toledo en días solemnes; y es gran yerro, porque allí cualquier ceremonia reviste soberana magnificencia. ¿Qué vale la fría y pobre *mise en scéen* de los teatros al lado de este lujo secular, de estos ropajes asiáticos y esta ingenua coquetería decorativa?

Nadie ignora que no existe en el mundo catedral tan rica en ornatos como la Toledana, aun hoy, después de las adversidades y decadencias lastimosas que lamenta, en *Angel Guerra*, el beneficiado don Francisco Mancebo. Los objetos destinados al culto me entristecen cuando los veo arrancados de su fondo natural, y metidos detrás de los escaparates, á manera de fósiles de la fe, viriles, custodias, patenas, platos de cuestación, relicarios, frontales y cálices. Uno bizantino que logré adquirir, al punto se destinó á celebrar misa en el oratorio de casa. No quitéis al cuadro su marco, ni á la planta su terreno propio. ¡Cuán diferente ver, en aquellas naves inmensas, alumbradas por los esplendentes reflejos de la vidriería, sobre el fondo de las rejas de maravillosa labor, pasar lenta y majestuosa, entre incienso y canticos, la manga de brocado de oro con figuras y medallones derecamos de seda, la cruz de cincelada plata, y detrás los canónigos con sus mucetas carmesíes, los niños vestidos de ángeles barrocos, con sus diademas y plumajes dignos de un auto sacramental, y el Deán luciendo su oriental vestidura, agobiada la cabeza por el peso del *superhumeral* constelado de oro, perlas y pedrería! Y por último, la asombrosa Custodia, en cuya traza intervinieron artistas como Juan de Borgoña y Enrique de Arfe, en que trabajó por espacio de siete años una legión de plateros y orífices, poblándola de un ejército de figuritas, bordándola de arquitecto y colgando de sus finas bóvedas, musicales campanillas.

Al presenciar la aparatosa y magnífica ceremonia, me entró profundo desdén por los que van á la Catedral en busca de alguna muchacha toledana de carne y hueso. Allí se debe buscar una belleza, pero belleza digna de tal alcázar, una reina mercedora de tanto brocado, de tanto joyel, de tanto arte y de tanto culto. En la catedral de Toledo compadezco sinceramente al que anda prendado de otra hermosura que no sea la Virgen del Sagrario, la *Señora*, que así la nombran con misteriosa reverencia sus devotos.

Para esta morena emperatriz, que acaso escuchó las plegarias de Recaredo, y que según tradición constante se remonta á los tiempos apostólicos, fundieron y cincelaron los artífices la enorme verja de plata maciza que cierra la entrada de su camarín, el trono y altar con sus ricos relieves, su hojarasca y sus angelotes, también de purísima plata: para ella fueron arrancados de sus canchales en distintas regiones de España, labrados y pulimentados, los jaspes, mármoles y serpentinadas que se incrustan en las paredes de su cámara, para ella se engarzaron los inestimables pendientes de americanas perlas, tamañas como huevos de paloma,

y las ajorcas de sultana, gruesas, deslumbrantes, con resalte fastuoso de pedrería saliendo del engaste á fin de que arroje más luces y rayos cegadores. Para ella, las manos pálidas y exangües de místicas bordadoras, parecidas á la *Angelica* del *Ensueño*, recamaron aquel manto, digno de emular al famoso *zainfo* de la deidad cartaginesa Ignat, bordado de oro á tope, recamado por más de ochenta y cinco mil perlas, y literalmente cuajado de esmeraldas, amatistas, rubíes, diamantes tablas, diamantes rosas y brillantes. ¡Digno adorno de la beldad bizantina que el autor de *La vida es sueño* describió así:

"... Una frente espaciosa  
Sobre cuyo campo caen  
Rubias trenzas, que el aseo  
Con loa dos hombros reparte;  
Cejas dos arcos de amor,  
Ojos serenos y graves,  
Boca risueña y honesta  
*Rubi partido en donostias:*  
El color todo es moreno,  
Y por serlo más amable!..."

Acaso la fantasía del poeta extremó el elogio de la hermosura de la *Señora*: sin embargo, vista desde donde la puede ver el público, es bella con hierática belleza la divina mujer en quien San Ignacio de Loyola afirma que nos hacíamos en la Eucaristía una misma carne, puesto que Cristo había tomado su carne de ella.

La catedral de Toledo es una catedral mariana. Su alma está en la capilla del Sagrario. Sin duda por eso, aquí, donde la Virgen por sus propias manos vistió la casulla á un su enamorado y siervo, resalta más que en ninguna parte la coquetería y gala de las joyas, de las ropas, de los bordados de oro, plata y seda, de los ornatos de admirable elegancia, en tanto número, que no es factible calcular el precio y valor que representan. Hoy se ha dado en la manía de adornar con telas litúrgicas las habitaciones, y hay quien viste un sillón con una hoja de casulla, chimenea que luce un recamado frontal, paredes que adornan, á guisa de cuadros, pendedos y mangas de parroquia, y capa pluvial donde se reclina el cuerpo más pecador. Ya me va pareciendo algo de mascarada: no encuentro la armonía estética de los ornatos sacros, sino aplicándolos á su verdadero destino. Una catedral es un organismo; sus detalles adquieren mayor valor reunidos, pues concurren á realizarse mutuamente. Cada accesorio de las catedrales está concebido de tal modo, con tal sujeción al fin que llena, que, arrancado de allí, es como hoja suelta desglosada de un libro: pierde, no sólo su valor, sino el sentido que expresaba en correlación con las restantes.

Nuestra expedición pudo apreciar muy bien — aunque con tiempo tasado y medido en demasía — la riqueza toledana, gracias á la recomendación de mi antiguo Prelado y amigo el Cardenal Payá, cuya actividad incansable no desmiente el gran Seminario que está construyendo, ni las estanterías que costó con objeto de resguardar el tesoro. Gracias á la atención del Cardenal, las diligencias del Cabildo se molestaron en enseñarnos detalladamente algo de lo que no siempre ven las *turistas*, sobre todo si coincide su viaje con días de fiesta solemne. La cámara destinada á guardar las ropas, que, según afirma el custodio, está enteramente libre de ratones, carcomas y otros bichejos enemigos de la conservación de las telas, es una enorme y elevada sala, donde se pierde la cuenta de las ricas preesas almacenadas en profundos estantes.

De buena gana dedicaría á las ropas un largo artículo: y es que toda la afición de la mujer á las estofas de lujo, á las delicadezas del bordado y á las delicias del color, se me despierta y redobla ante el primor de las vestiduras eclesiásticas, que cuando son como las de Toledo, entrañan algo simbólico; parecen la túnica luminosa de los elegidos, al penetrar en las mansiones del cielo. Hay frontales donde una flor fantástica y un arboledo de terciopelo de tonos mates y moribundos, forman un jardín de poema, uno de esos jardines en que los caballeros andantes encontraban magas hermosas que los conducían por profundas embalsamadas. En el centro del jardín surte una fuente de aguas de zafiro, y cae de pilón á pilón el agua,



abrevándose en el último pilón un ciervo blanco. Todo es sedas pálidas, oros desmayados y enverdecidos por el tiempo, terciopelos carmesíes ya suavizados y maduros, plenitud armoniosa del color, milagros de dibujo en que la aguja eclipsó el pincel. Y sale un frontal, y otro más rico, y otro, y estandartes, y capas, y mangas, y casullas, de invierno, de verano, de tisú, de raso, de terciopelo, con escudos, yugos, granadas, flores, martirios de santos, emblemas eucarísticos. . . . Hay para pasarse la vida allí.

Cuando salíamos de la fondo, se nos presentó un chicuelo, portador de una caja donde, en pintoresco desorden, se hacían tijeras, puñales, cortaplumas, plegaderas, espadones del moño, alfileres, broches y leontinas, todo de acero y hierro esmaltado, nielado, incrustado ó repujado. Naturalmente, regateamos, alegando el muchacho, en defensa de sus precios, que en otras partes se cobraba el género más caro aún, y que apenas nos cerciorásemos de ello, iríamos á su tienda á comprar. "¿Dónde vendes tú?", le pregunté. Dos pasos de aquí, en la calle del *Hombre de palo*, me contestó el rapaz. "¿Qué nombre más raro el de esa calle!", exclamé, sintiendo despertarse mi curiosidad, y maldiciendo á mi memoria, que se hace la sorda cuando llamo. Si aquel chico mercader de objetos de acero fuese como los gondoleros venecianos, que conocen al dedillo la leyenda histórica de los menores rincones de su ciudad, me hubiese contestado al punto: "Se llama así, porque vivía en ella un italiano medio sabio y medio brujo, que le decían Juanelo Turriano, y subió hasta la cima del Alcázar el agua del río; y este brujo había fabricado un hombre de madera que andaba como los hombres de carne y hueso".

En efecto, el extraño nombre de la calle perpetúa el recuerdo del insigne cremonés, que á estar canonizado, debía ser patrón de los mecánicos é ingenieros. Juanelo y el marqués de Villena, dos misterios, dos novelas de Toledo; dos hombres de ciencia superiores y anteriores á su siglo. Juanelo tuvo por lo menos la suerte de aparecer en épocas más modernas, de prosperidad y gloria para España, y de aplicar su ciencia á fines útiles y prácticos, por lo cual no recayó sobre él la acusación de nigromancia, magia y sortería, que manchó la memoria del famoso y nobilísimo alquimista, cuyos libros, ni más ni menos que los del ingenioso hidalgo, fueron á la hoguera, por ser "de artes mágicas e non cumplideras de leer".—De las mecánicas diabluras de Juanelo sacaron los toledanos la ascensión hidráulica, según la explica Ambrosio de Morales, mediante un procedimiento imitado y perfeccionado de otro anterior, que ya ideará Roberto Vaiturnio, y añadiéndole aquel mecanismo de los cazos que subían y bajaban derramando de uno y otro el raudal. Juanelo, en tiempos quizá menos peligrosos para la ciencia de lo que hoy se cree, pudo permitirse la diversión de construir, para servirle de criado, un curioso autómatas, el *hombre de palo* que dió nombre á la calle. Este muñeco iba por su pie de casa de Juanelo al Palacio Arzobispal, recogía allí la ración de pan y carne, la agradecía con muchas reverencias, y se volvía con ella al domicilio de su amo. Cuando Carlos V, en Yuste, se sentía presa de sus melancolías de león viejo confinado en la jaula, distraíalas con el canto, no de las aves del cielo, sino de muchos pajarillos mecánicos que fabricara Juanelo el cremonés, y que revolaban, gorjeaban, abrían las alas y movían la cabecita como pájaros naturales.

### III,

El Cristo de la Vega. — La ilustre fregona. — Nuestro verdugo. — Un cuadro del Crecco.

Profeso una inquina invencible (y todas las personas de imaginación la compartirán) á los reusadores que se pasan la vida compulsando documentos, desempolvando papeles y coleccionando datos, sólo para destruir ó probar la imposibilidad de alguna de esas tradiciones ó leyendas en que se funda el encanto de una población, de un monumento ó de un lugar. Además, no siempre me convencen las razones en que apoyan su criterio negativo, ni convencerán á nadie que las pese y examine despacio: muchas veces se imponen afirmando una negación, y se les cree mediante la fe, como mediante la fe se creía la leyenda misma. Esta tarea de polilla laboriosa rarísima vez presta

servicios reales á la erudición ó á la historia, y en cambio todo lo araña, descolora y mutila. Me han asegurado que existe en Toledo cierto señor que se consagró con celo digno de mejor causa á comprobar que el famosísimo San Francisco de Asís custodiado en el tesoro de la Catedral, no es de Alonso Cano, como todos creíamos, sino de su discípulo, un Pedro de Mena. Doy de barato que las conjeturas en que se funda este señor sean exactas, y sus datos muy verídicos. ¿Habrán ganado mucho no ya la impresión estética de la obra, sino el mismo conocimiento histórico del arte español?

Para gozar en una excursión como esta, conviene saber algo más que patrañas, pero vendría bien ignorar algunas insidiosas verdades. Por ejemplo: yo he sentido mucho aprender que el romántico Cristo de la Vega no es el que bajó la roe, no para atestiguar,—porque á ese le quemaron los franceses,—sino una escultura cualquiera hecha á imitación de la primitiva, á principios del siglo.

Y cuenta que el Crucifijo actual llena todas las condiciones que podemos exigir los que pedimos leyenda. ¿Qué más, si supo inspirar la de Zorrilla! La efigie concuerda con la descripción:

"Enclavado en un madero,  
De duro y postrero trance,  
Ceñida la sien de espinas,  
Descolorido el semblante . . . ."

y sobre ese semblante que expresa a la vez dolor inmenso y éxtasis sublime de consumada redención, caen formando densa y amoratada sombra las negras y lacias guedejas, toda una cabellera femenil cortada para exvoto, acaso en un transporte de mística gratitud. El brazo desclavado cuelga, la mano tiene la actividad de jurar apoyando en los autos la seca y hendida palma. . . . y las labios parece que se entreabren para articular el formidable "si juro".

Pero el escalofrío religioso, el dulce terror que queríamos saborear, nos lo quita el saber á ciencia cierta que los franceses quemaron la imagen, y la que hoy existe no es sino copia del Cristo que se venera en Florencia, en la capilla de San Miniato.

No, no; á Toledo no hay que venir con demasiadas sabidurías. El conocimiento científico y seriamente histórico de Toledo tampoco se adquiere en horas: exige años. En cambio, para la *poesía* toledana, que es de las más sutiles y penetrantes que el viaje por España puede sugerir, nos basto algo de lectura de crónicas, unos cuantos recuerdos. . . . y Zorrilla. Si vuelvo á Toledo juro no llevarme conmigo ni á Amador de los Ríos, ni á Quadrado, ni á Pedro de Herrera, ni á Ambrosio de Morales, ni menos al señor vizconde de Palazuelos, el del robusto misal. Me llevaré al poeta, al hoy casi olvidado y que ya restauraremos como restauran sus admiradores franceses á Lamartine; y mirando al Toledo viejo y encantador (á quien Dios preserve de aficiodanos á las mejoras urbanas), diremos con el autor del *Tenerio*.

"Alguna vez sobre la noche umbría  
De este montón de cieno y de memorias,  
Se levanta dulcísima armonía. . . .  
Cruza la sombra céngica luz;  
Se oye la voz del órgano que rueda  
Sobre la voz del viento y de las preces;  
Una hora después, apenas queda  
un altar, un sepulcro y una cruz. . . ."

No siempre es la Toledo cristiana, la que "duerme indolente al pie de su blasón" la que inspira al poeta; también es la nostalgia de la Toledo morisca, nostalgia que yo sentí en el tránsito. ¿Qué sería la Toledo árabe, con sus alfombras, sus alcáfitas, sus mujeres encerradas y veladas que Zorrilla describe en versos que tienen la claridad y el vivo color de un paisaje con exceso de luz, genuinamente oriental?

"Ya no hay cañas, ni torneos,  
Ni moriscas cantilenas,  
Ni entre las negras almenas  
Moros ocultos estás:  
Hoy se ven sin celosías  
Miradores y ventanas:"

Nohay danzas ya de sultanas  
En el jardín del Sultán!"

Con Zorrilla, lo repito, hay que ir á Toledo, para escuchar, entre las revueltas calles que del alcázar bajan al Zoca, el *sis sás* de las cuchilladas del capitán Montoya, ó en la vaga la temerosa voz del *mejor testigo*. También se puede ir á Toledo con otro escritor. . . . ¿No adivináis cuál? No es Fray Luis; es Cervantes, el Cervantes de las novelas ejemplares.

No nos parecería completa ni pintoresca nuestra excursión si no entrásemos unos instantes en el famoso Mesón del Sevillano, donde Cervantes (que era un novelista moderno en sus procedimientos, y siempre basaba y colocaba sus ficciones, aun las más ideales, como la *Galatea*, en sucesos reales de su vida y lugares que están en el mapa) situó la acción de *La ilustre fregona*. Allí donde Canstancia pasmó y suspendió con su hermosura á Carriazo y Avendaño, decidimos nosotros tomar café y oír de sobremesa una serenata (venal, por supuesto, hoy no las hay galantes) de guitarras y bandurrias. Era la noche templada y el lugar propicio á todo juego de la fantasía; uno de esos lugares que tientan á darle gracias al tiempo, el gran destructor, porque nos lo ha respetado. Consérvese, en efecto, la Posada de la Sangre conforme estaría en el tiempo que Cervantes la describió. El patio, cuya galería sostienen columnas probablemente arrancadas á un templo romano, pues muestra todavía, medio borrada, la característica voluta, ostenta en un ángulo el pilón del bebedero y la enorme oraa ó ánfora de barrio. Como diría Galdós, en el segundo cuerpo "las carcomidas zapatas sostienen las abandonadas vigas". Los aposentos interiores, cocina, eala baja, comedor cuadras, apenas difieren del tipo clásico del *mesón cervantesco*; el fogón y la campana de la chimenea protestan contra ciertos detalles del comedor, ya acomodados al gusto del día.—Como alabásemos la buena conservación de la histórica posada, nos enterraron con secreto de que allí existían "muchas cosas de Cervantes, y cartas de su puño y letra", en prueba de lo cual nos enseñaron un facímile de documento, que admitimos por auténtico, respetando á nuestra vez ajenas é inofensivas ilusiones. También nos enseñaron un cuadro pintado por el *Sevillano* actual, ó sea el dueño del mesón, cuadro que es reproducción fiel exacta del patio, sin ser por lo demás ningún prodigio del arte.

Uno de los expedicionarios andaba loco, jurando que en la cocina había visto nada menos que la rearducción de Constancia, la mismísima *ilustre fregona*. Tres mozos había allí, y si dos eran carianchas, zafias y toscas, la tercera presentaba sin duda tipo muy cistinto: gentil y aseñorádo. el porte, delicada la tez, rubio el copiosa rodete, y el vestir con no sé qué dejos de siglo XVI en corte y tela. La imaginación, ayudada de un buen palmito, hace de estas jugarretas, y con ellas ayuda á matar y hermoear el tiempo.

Todos nuestros gustos toledanos nos los amargó una de esas colamidades que caen sobre los *turistas* cuando tien trazas de adinerados y dadi-vosos. Esta plaga, que quiero denunciar á la execración pública, fué,—¿quién no lo sospecha ya?—la peste de las excursiones artísticas, un *ciclorone* de oficio, de esos que aguardan emboscados en la estación la llegada de los trenes, y como pegajosa garrapata se adhieren á sus víctimas. Figúrense Vds. un individuo, francés por el habla y flamenco por confesión propia, no solicitada de nosotros, pues nos tenía sin gran cuidado la nacionalidad de nuestro verdugo; un hombre que al hablar echa vaharadas de aguardiente, y que con lengua trabada y vagas pupilas, entre chispa y oficioso, apenas nos ve detenernos ante un retablo ó una puerta esculpida, rumiando en silencio la dulzura de nuestras impresiones, se mete, no ya á explicar, sino ¡el muy cernícalo! á otra cosa pear, á *admirar* en nuestra compañía, proyectando ante nosotros la caricatura, la grotesca siueta de nuestra propia admiración; y no contento con esto, nos corrige y nos adoctrina, advirtiéndonos, con cuanto aplomo le permite el alcohol, que el claustro de San José de los Reyes procede del siglo XIII. Llegamos á salir de nuestrás costillas, y hasta se alborotó la bilis del siempre correcto y reposado Peralta. Los demás ya hablábamos de chapuzar en



el Tajo al moscón insufrible, que el elemento americano apodó con el nombre de un pesado insecto de su tierra, el *peloto*, especie de escarabajo negro que se mete por los oídos, causando la molestia que es de presumir. El bichejo me cayó en gracia y de *paloto* calificamos al maldito guía, porque ni desvíos, ni órdenes de largarse con viento fresco pudieron apartarle de nosotros. Le echábamos con cajas destempladas en los Reyes, y salía por escotillón en la Blanca; le expulsábamos de la Blanca, y en el Tránsito reaparecía, descolgándose (á nuestro parecer) del andamiaje. Queríamos en el Miradero recrear la vista en el curso del Tajo, y allí saltaba el *poloto* enseñándonos la *belle vue*, y echándose á perder, por consiguiente. Mal conoce sus intereses la fonda de Lino, que inflige á los viajeros en ella hospedados penitencia semejante; por evitarla, yo me iría gustosa á parar en el Mesón del Sevillano, aunque camas y muebles no difiriesen de los que se usaban en tiempo de Constancia.

Donde me causó más ira el maldito parásito, fué cuando me estropeó el placer mayo que debí al arte en Toledo. La escena ocurría ante el cuadro asombroso del Grecco que se guarda en Sauto Tomé. Representa el milagroso entierro de Don Gonzalo Ruiz de Toledo, Señor de Orgaz, varón piadosísimo que construyó en el siglo XIV la iglesia parroquial de Santo Tomás Apóstol; el caso lo refiere, con ingenuidad encantadora, la inscripción colocada bajo el cuadro: "Aunque vayas de prisa, viajero, detente un momento y escucha una antigua historia de nuestra ciudad, contada en breves palabras. Don Gonzalo Ruiz de Toledo, Señor de la villa de Orgaz, notario mayor de Castilla, entre otras muestras que nos dejó de su piedad, cuidó de que este templo que ves de Santo Tomás Apóstol, antes angosto y mal conservado, en que por disposición suya había de enterrarse, fuese restaurando más ampliamente á su costa; haciendo donación al mismo de muchos tesoros de oro y plata. Cuando los sacerdotes se apercebían á sepultarle (caso admirable é insólito los Santos Esteban y Agustín, bajados del cielo, le enterraron aquí con sus propias manos. Como es largo de contar el motivo que impulsó á estos Santos, vé, si puedes, al convento de Agustinos, que no está lejos, pregúntalo, y te lo referirán. Falleció el año del Señor 1512".

Por desgracia, ya no hay ni cerca ni lejos, que yo sepa, convento de Agustinos donde pedir que me cuenten la leyenda, perfumada con las últimas auras místicas del siglo XIV; pero el lienzo basta para eternizar la historia del bienaventurado Conde. Al ver la obra maestra de Dominico Teotocopulli, me conformé en que la pintura, si ha adelantado, como aseguran los modernistas, no ha conseguido que sus adelantos los veamos patentes los profanos, ni que los sentimientos que nos causa ganen en intesidad. Cualquiera pinter moderno me parece un impotente al contemplar la página divina que se llama el *Entierro del Conde de Orgaz*.

Los que sólo conozcan al Grecco por otros cuadros, no pueden apreciar en toda su fuerza el genio del verdadero precursor de Velázquez. Sin que la parte alta del cuadro merezca las severas censuras que algunos críticos le dirigen, la baja, ó sea el verdadero asunto del cuadro, es tal, que no tiene nada que envidiar en factura á las mejores obras del gran autor de *Las Hilanderas*, y las vence—con definitiva victoria—en la unción y sentimiento religioso. En el cuadro de Santo Tomé, Grecco reúne lo inefable de Murillo y lo real de Velázquez. Aquella cabeza de San Agustín es un trasunto de la santidad y de la gloria: carne humana sublimada por la participación de la felicidad divina; la cara más apostólica, noble y radiante que acaso ha producido el pincel.

El cuadro pertenece á una particular, la señora condesa de Bornos. Bien sabe Dios que no se cuenta en el número de mis mayores defectos la envidia; sin embargo, como en el ser humano existe el germen de todo mal (y de todo bien), yo envidié diez minutos á la dueña de tal tesoro, pensando que podría mirarlo y gozarlo á solas, sin guías que chapurrean ridículos encomios, sin prisas, que impone la necesidad de no perder el tren de regreso.

(Tomado del Nuevo Teatro Crítico de Emilia Pardo Bazán).

## Nunca.

### I.

LO quisistes y fué! Mientras clemente aunque insensible á mi amoroso ruego, permitistes á mi labio balbuciente mostrarte de mi amor el santo fuego; te hablé de mi pasión, y en dulce calma que no turbó la hiel de tus rigores, ante la tuya, temblorosa mi alma rindió su voluntad, loca de amores!

¿Cómo pudo un amor tan inocente, tan resignado á su fatal destino, á un ángel enojár, el más clemente, á tí, mi dulce bien, mi amor divino? . . . . . Lo ignoro: solo sé para mi duelo, que la noche postrer que fuí á tu lado hasta el triste placer negóme el cielo de hablarte de mi amor desventurado. . . . .

Me ordenaste callar. Al despedirme de tí pensando en mi esperanza trunca, ¿mañana? pregunté—y con labio firme tú, desdeñosa, respondiste: "nunca!

### II.

Desde entonces, mi bien, no ya el anhelo que me llevara á tí, sino el acaso, por una extraña voluntad del cielo te ha vuelto á colocar por donde paso.

Otra vez tu mirada de paloma me he sentido posar sobre mi frente, y otra vez he aspirado el blando aroma que dejas, al pasar, en el ambiente.

Mi labio que á tu vida repitiera frases de amor en su lenguaje rudo, ya no te habla, mi bien, aunque quisiera ya tu lo has visto, permanece mudo.

De mis ojos ardientes, mis pupilas que miraban tu rostro embelesadas, ya no buscan como antes intranquilas el amante calor de tus miradas.

Y el pobre corazón, de muerte herido, devorando sus negros sinsabores, ha resuelto enterrar en el olvido el más grande é infeliz de sus amores! . . . . .

### III.

Lo quisistes y fué. . . . . Nada más justo que al aceptar con mi esperanza trunca la muerte de mi amor, cumpla tu gusto: Pues que así lo quisistes. . . . . ¡Hasta nunca!

J. CALDERÓN Y PUGA.

## MI COSTILLITA.

—:o:—

HE soñado, cara Anita,  
Que conversando con Dios  
Me decía: tu costillita  
Es aquella morenita,  
Y señalaba hacia vos.

TITO.

## Julia.

¡H! siempre me acuerdo de los felices días que pasé á tu lado!

¡Como huye el tiempo!

Yo soy firme como una roca me—dijiste un día,

Así lo creo te contesté—con sonrisa triste, impregnada de amargo presentimiento,

Poco tiempo después te ví al pié del altar coronada de azahares vendiendo tu corazón á otro hombre.

La mujer así es, murmuré.

Y un amigo que estaba á mí lado, la mujer y el humo son hermanas, me dijo,—no creas nunca en su sonrisa.

Son como Jano con dos caras.

Una para el presente y otra para el ausente.

ESCALIGERO.

## CLEMENCIA ISAURA.

NO puede hablarse de la institución de los Juegos Florales sin evocar el nombre de la ilustre hija de Tolosa que tuvo la gloria de revivir estos bellos torneos de la inteligencia, y que si con su hermosura inspiraba á los trovadores animándolos con los destellos de su peregrino ingenio, con sus dádivas supo premiar á los mejores entre los buenos. Y hoy que en la Habana renacen los Juegos Florales, mereced al espíritu alentador de la Colla de Sant Mus, justo es que el nombre inmortal de Clemencia Isaura sea saludado con alborozo por cuantos cultivan las letras y aman su esplendor. Ese nombre representa algo más que los lauros de un día y que la gloria perecedera de una época; representa y simboliza el renacimiento literario de la lengua latina.

No tenemos para qué interrogar los anales de la historia provenzal, para saber si, como se dice, Clemencia Isaura descendía de uno de los Condes de Tolosa, ni tampoco nos empeñaremos mucho en discutir con los que niegan el divino don del talento, contradiciendo las manifestaciones de aquel bardo que la invocaba con estas frases: "Reina de la poesía, poderosa Clemencia, si mis versos obtienen tu galardón, recibiré la flor que de tí nace."

Noble ó plebeya, poetisa ó aficionada, siempre aparecerá ante la historia, al fundar la "Escuela de la Gaya Ciencia," como la musa que en los albores del renacimiento literario, en el período de transición entre la Edad Media y la Edad Moderna, convocaba á las poetas para que arrancasen á la lira dulces sonos y acompañasen con ellos sus inspiradas trovas.

Bajo ese aspecto, la gloria de Clemencia Isaura es imperecedera, y su nombre irá siempre unido al de las justas de la inteligencia que se celebren en todos los países, porque si la "Escuela del Gay Saber" fué en sus orígenes puramente provenzal, la poesía que en ella se cultivó es de todos los tiempos y de todos los pueblos. Y Clemencia Isaura puede llamarse por su protección decidida á su amor extinguido sólo con la existencia, la eterna Musa de los Juegos Florales.

ENRIQUE E. BARRERA.

## NOTA.

Sentimos profundamente que nuestro amigo don Francisco Calderón h, se encuentre gravemente enfermo hace ya días. Sentimos tanto más la enfermedad, cuanto que Francisco era muy cumplido y activo en el delicado cargo que desempeñaba de Administrador de esta revista que debe en gran parte su crédito y circulación á los esfuerzos nobles de su Administrador y al acertado nombramiento que ha hecho en sus agentes.

Deseamos al amigo pronto restablecimiento y á su querida madre resignación cristiana.

Tipografía Nacional.